

JUAN MATEOS

EN TORNO AL NUEVO TESTAMENTO

Serie dirigida por
JESUS PELAEZ

VOLUMENES PUBLICADOS:

1. Jesús Peláez: *La otra lectura de los Evangelios*, I.
2. Juan Mateos y Fernando Camacho: *El horizonte humano*. La propuesta de Jesús.
3. Jesús Peláez: *La otra lectura de los Evangelios*, II. Ciclo C.
4. Juan Mateos y Fernando Camacho: *Evangelio, figuras y símbolos*.
5. José Luis Sicre, José María Castillo y Juan Antonio Estrada: *La Iglesia y los Profetas*.
6. Alberto Maggi: *Nuestra Señora de los Herejes*.
7. Rafael J. García Avilés: *Llamados a ser libres*. «Seréis dichosos». Ciclo A.
8. Juan Mateos: *La utopía de Jesús*.
9. Rafael J. García Avilés: *Llamados a ser libres*. «No la Ley, sino el hombre». Ciclo B.
10. Jack Dean Kingsbury: *Conflicto en Marcos*. Jesús, autoridades, discípulos.
11. Josep Rius-Camps: *El Exodo del hombre libre*. Catequesis sobre el Evangelio de Lucas.
12. Carlos Bravo: *Galilea año 30*. Para leer el Evangelio de Marcos.
13. Rafael J. García Avilés: *Llamados a ser libres*. «Para que seáis hijos». Ciclo C.
14. Manuel Alcalá: *El Evangelio copto de Felipe*.
15. Jack Dean Kingsbury: *Conflicto en Lucas*. Jesús, autoridades, discípulos.
16. Howard Clark Kee: *¿Qué podemos saber sobre Jesús?*

LA UTOPIA DE JESUS

SEGUNDA EDICION



EDICIONES EL ALMENDRO
CORDOBA

CONTENIDO

PREFACIO	11
----------------	----

LA UTOPIA DE JESUS

I. Introducción: La ausencia de utopía	13
II. El profetismo. Jesús profeta	15
III. La utopía de Jesús. El reino de Dios	20
IV. La proclama del Reino. Las Bienaventuranzas	22
La opción inicial	23
Efecto liberador	24
Labor de la comunidad	25
Fidelidad y persecución	26
V. Relación con los movimientos de la época	28
Los saduceos	28
Los fariseos	29
Los zelotas	30
Los esenitas	33
VI. Exito de la utopía: La victoria sobre la muerte	34
VII. Conclusión: El Dios-amor	35

EL BAUTISMO: DE JUAN A JESUS

I. Juan, el mensajero prometido (Mc 1,2-5)	38
La figura de Juan (v. 4)	38
Promesa de un mensajero (vv. 2-3)	41
Respuesta a la exhortación de Juan (v. 5)	43
II. Juan, precursor (Mc 1,6-8)	46
Juan, nuevo Elías (v. 6)	46
Juan, precursor (v. 7)	47

2.ª ed.: Noviembre 1992

© Copyright by JUAN MATEOS

EDICIONES EL ALMENDRO DE CORDOBA, S. L.

El Almendro, 10

Donoso Cortés, 22, 2.º dcha.

Teléfono y Fax (957) 27 46 92 Teléfono (91) 593 26 94. Fax (91) 446 79 21

28015 MADRID

ISBN: 84-86077-82-6

Depósito legal: M. 33.071.-1992

Printed in Spain. Impreso en España

ARTES GRÁFICAS BENZAL, S. A. Virtudes, 7, 28010 MADRID

Los dos bautismos (v. 8)	50
Jesús, el que llega (Mc 1,9-13)	52
III. El compromiso de Jesús (v. 9)	52
Respuesta divina: La bajada del Espíritu (v. 10)	54
La locución divina (v. 11)	57
La acción del Espíritu (v. 12)	61
Estancia de Jesús en «el desierto» (v. 13)	63
EL BAUTISMO, NUEVO NACIMIENTO	
I. Introducción: Caná y el Templo	67
La boda de Caná: el cambio de alianza (Jn 2,1-11)	68
La manifestación de Jesús en el templo: el Hombre, santuario de Dios (Jn 2,13-22)	69
II. El nuevo nacimiento	73
El reino de Dios y la Ley	73
La respuesta de Jesús	75
Cerrazón de Nicodemo	76
Insistencia de Jesús	77
«De la carne nace carne»	79
III. Personalización y compromiso de vida	81
El manantial interior	81
Ley y Espíritu	82
El compromiso de vida	84
IV. La iluminación	87
V. Conclusión	89
LIBERTAD Y AUTORIDAD DE JESUS	
I. Dos clases de libertad	91
II. La libertad de Jesús	92
Libertad de opción	93
Libertad de expresión y de acción	93
Libertad ante las instituciones y convenciones sociales	95
Libertad ante la enseñanza y doctrina oficial	96
Libertad ante los poderosos	96
Sentido de la denuncia	97
III. La <i>exousia</i> : libertad y autoridad	99
En el evangelio: Origen de la autoridad	100

Función de la autoridad: Dar vida	101
IV. Actividad liberadora de Jesús	103
Figuras de la libertad en los evangelios	103
La figura del éxodo	104
Liberación interior: El leproso	105
El sordo y el ciego	106
Liberación del pecado	106
Modo de la liberación	107
El miedo, obstáculo a la libertad	109
Diferentes destinatarios	109
V. Libertad del cristiano	110
Libertad y responsabilidad	110
CRITERIO DE VERDAD Y CARISMA DE ENSEÑANZA EN EL NUEVO TESTAMENTO	
I. El criterio de verdad	113
Juan: El prólogo	114
La experiencia de vida (Jn 7,14ss)	116
Las obras como criterio (Jn 5,36b-37a; 10,37-38a)	118
Condición para conocer la verdad (Jn 6,45; 17,7-8)	118
El caso del ciego de nacimiento (Jn 9,1-39)	120
Marcos: La enseñanza en la sinagoga (1,21b-22)	122
El leproso curado (Mc 1,39-45)	124
Mateo: El criterio de las obras (5,14-16)	125
¿Peligro de subjetivismo? (1 Jn 3,13-14)	126
El carisma de enseñanza	128
«Didákalos» y «didáskó» en los evangelios	128
El Espíritu como maestro (1 Jn 2,18-27)	131
El carisma de enseñanza en las cartas paulinas	133
Conclusión	135
II. El carisma de enseñanza	137
VIGENCIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO EN EL CRISTIANISMO	
Introducción	137
A. El Antiguo Testamento en los evangelios sinópticos	143
I. Marcos	141
La transfiguración	141

El Dios dador de vida	143
El reino de Dios	144
Particularismo y universalidad	145
La Ley como código moral	147
Los textos proféticos	149
Otros temas del Antiguo Testamento	150
El doble vocabulario	152
II. Mateo y Lucas	153
B. En el evangelio de Juan	157
Relativización del Antiguo Testamento como revelación	157
La Ley como código	159
El código de pureza	159
«La Escritura»	160
C. En los escritos paulinos	161
Tipología en Pablo	161
La Ley mosaica	162
Universalismo	163
Fin del culto antiguo	163
Lenguaje anticuado	164
SÍNTESIS	164
Una gran aportación del Antiguo Testamento: El Dios dador de vida	164
Un condicionamiento cultural: El Dios violento	165
Una falsa idea de Dios: Lo puro y lo impuro	168
Reacción de un pueblo oprimido: El nacionalismo exclusivista. Valor literario y religioso del Antiguo Testamento	169
El hecho diferenciador	170
El hecho diferenciador	171

EL BAUTISMO, NUEVO NACIMIENTO *

I. INTRODUCCION: CANA Y EL TEMPLO

El compromiso con Jesús, que constituye el núcleo del bautismo, supone una ruptura con la escala de valores propia de la sociedad injusta y explotadora, ruptura inspirada por el amor a la humanidad. Incluye además la adhesión a Jesús como persona y como encargado de una misión. Este cambio de lealtad y de orientación en la vida, confirmado y potenciado por la comunicación del Espíritu, puede llamarse un nuevo comienzo, que Juan expresa bajo el símbolo del «nacer de nuevo».

La misión que Jesús se propone llevar a cabo es hacer posible una nueva sociedad humana, una sociedad alternativa, la que en términos teológicos se llama «el reino de Dios». En los ambientes judíos se pensaba que sería el Mesías, el Ungido por Dios, quien debía realizar esa empresa. Se concebía ordinariamente como la restauración de la monarquía davídica, que conllevaría la derrota y sumisión de los paganos y el imperio universal de Israel.

El pasaje de Juan que queremos comentar para penetrar el sentido del nuevo nacimiento está precedido de otros dos episodios que presentan los supuestos de la nueva realidad. El primero es el de la boda de Caná (2,1-11); el segundo, el de la manifestación mesiánica de Jesús y la denuncia del templo (2,13-22) ¹.

* Conferencia pronunciada en la Cátedra de Teología Contemporánea, Colegio Mayor Chaminade (Madrid), en enero de 1987.

¹ Para la exégesis aquí propuesta, véase J. Barreto, *El Evan-*

La boda de Caná: el cambio de alianza (Jn 2,1-11)

El episodio de la boda de Caná tiene como tema central el cambio de alianza. De hecho, «la alianza» es una formulación metafórica de la relación entre Dios y los hombres, tomada del terreno jurídico. El vínculo nupcial, «la boda», es otra formulación, común en los profetas (cf. Is 49,14-26; 54; 62; Jr 2; Ez 16; Os 2), inspirada en la relación humana de mutuo amor y fidelidad. Una y otra imagen intentan describir de algún modo la relación del hombre con Dios.

Jesús anuncia el cambio de alianza/boda, es decir, el cambio de relación de los hombres con Dios. La antigua alianza estaba fundada en la Ley dada por Moisés (1,17), se regía por un código externo; en ella, el hombre tenía la condición de siervo o súbdito de Dios. La nueva estará fundada en la infusión de fuerza/vida/amor (el Espíritu/amor, simbolizado por el vino), y no tendrá necesidad de código externo; la condición del hombre respecto a Dios será la de hijo.

En síntesis: La obra de Jesús va a consistir en dar al hombre una capacidad de amar (el Espíritu) que lo lleve a la plena personalización (semejanza con Dios). Esto creará una nueva relación entre Dios y el hombre, la de sintonía (Padre/hijo), que infundirá una fuerza de vida que supera la muerte y hará innecesaria toda institución mediadora.

Tenemos aquí el primer dato para entender el nuevo nacimiento: se trata de nacer a una nueva relación con Dios, basada en la comunidad de Espíritu con él; ésta elimina todo temor en la figura de Dios, que pasa a ser experimentado como Padre, es decir, como aquel que por amor comunica al hombre su propia vida y lo hace semejante a él.

El cambio de relación con Dios, como explicaremos más adelante, conlleva un cambio de relación del hombre consigo mismo, con los demás y con el mundo en que vive.

La manifestación de Jesús en el templo: el Hombre, santuario de Dios (Jn 2,13-22)

Consideremos el segundo episodio (2,13-22). En el evangelio de Juan, la manifestación mesiánica de Jesús se coloca al principio de su actividad pública. En el templo de Jerusalén, centro de las instituciones y símbolo de la gloria de la nación, se presenta Jesús durante las fiestas de Pascua, cuando la ciudad está repleta de peregrinos de todo el país judío.

Juan emplea un símbolo conocido para indicar la presencia mesiánica de Jesús. Este forma «un azote de cuerdas». Era proverbial la frase «el azote del Mesías» para significar los dolores que había de comportar la llegada de la era mesiánica. Pero es sorprendente el uso que hace Jesús de este azote: con él arroja fuera del templo el ganado que se vendía para los sacrificios, las ovejas y los bueyes.

Al expulsar del templo a los animales, material de los sacrificios, declara la invalidez de éstos y del culto entero, del que los sacrificios constituían el momento cumbre. Jesús no denuncia solamente, como habían hecho los profetas, el culto que encubre la injusticia (cf. Is 1,11-17; 58,1-2; Jr 7,21-26; Os 5,6-7; 8,13; Am 4,4s; 5,21-24; Eclo 34,18-20; 35,14-16; Sal 50,13), sino el culto que es en sí mismo una injusticia, por ser un medio de explotación del pueblo. No propone, como los profetas, la reforma, sino la abolición.

La expulsión material de ovejas y bueyes tiene además un sentido simbólico. Las ovejas son figura del pueblo, encerrado en el recinto donde está condenado al sacrificio (cf. 10,8). Los dirigentes explotan al pueblo, verdadera víctima del culto, sacrifican y destruyen el rebaño, a cuya costa viven. Como lo indica su gesto, Jesús no se propone reforzar la institución religiosa, sino, por el contrario, sacar al pueblo de ella.

El motivo que inspira a Jesús para esta actitud respecto a la religión es doble, y aparece en las dos acciones que cumple inmediatamente después: a los cambistas les desparrama las monedas y les vuelca las mesas, a los vendedores de palomas les ordena quitar de en medio su mercancía.

Los cambistas representaban el tráfico y el sistema económico del templo. Todos los judíos mayores de veintiún años estaban obligados a pagar un tributo anual al templo, e infinidad de donativos en dinero iban a parar al Tesoro del templo. En la Antigüedad, los templos, por la inmunidad que les confería su carácter sagrado, eran el lugar elegido por los pudientes para depositar su dinero, consistente sobre todo en cantidades de oro y plata. De hecho, el templo de Jerusalén era el mayor banco de la Antigüedad. Ahora bien: para pagar el tributo y para los donativos no se podía usar moneda que llevase la efigie imperial, considerada idolátrica por los judíos. El templo acuñaba su propia moneda, y los que habían de pagar debían cambiar las monedas de curso ordinario por las propias del templo; los cambistas cobraban, naturalmente, su comisión.

Al volcar las mesas de los cambistas y desparramar las monedas, Jesús está atacando directamente al tributo al templo y, con él, al sistema económico religioso. El templo es para él una empresa que explota económicamente al pueblo. De hecho, el culto proporcionaba enormes riquezas a la ciudad. Sostenía a la nobleza sacerdotal, al clero y a los empleados del templo. El gesto de Jesús toca, por tanto, un punto neurálgico: el sistema económico del templo, con su enorme aflujo de dinero procedente de todo el mundo conocido, desde Mesopotamia hasta el occidente del Mediterráneo. Era otra forma de explotación.

La siguiente acción de Jesús es dirigirse a los que vendían palomas, diciéndoles: *Quitad eso de ahí, no convertáis la casa de mi Padre en una casa de negocios*. Las palomas eran los animales sacrificiales de menor importancia; son sus vendedores, sin embargo, los únicos a quienes Jesús se dirige y a los que hace responsables de la corrupción del templo. Este trato sería desproporcionado, a menos que los vendedores tengan un significado central en la narración. De hecho, la responsabilidad exclusiva que les atribuye Jesús en la profanación del templo indica que representan a la jerarquía sacerdotal. De ahí su relación con el simbolismo de las palomas.

La paloma era el animal usado en los holocaustos propiciatorios (Lv 1,14-17) y en los sacrificios de purificación y expiación (Lv 12,8; 15,14,29), especialmente si los que habían de ofrecerlos eran pobres (Lv 5,7; 14,22-30s). Ofrecer holocaustos y sacrificios eran maneras de reconciliarse con Dios. Los vendedores de palomas son, por tanto, los que ofrecen la reconciliación con Dios por dinero; representan a la jerarquía sacerdotal, que comercia con el favor de Dios. Explora en particular a los pobres, ofreciéndoles por dinero presuntos favores divinos. Por eso, en contraste con las dos ocasiones anteriores, Jesús no ejecuta acción alguna; se dirige a los vendedores mismos. Son ellos los que tienen que desistir de su comercio, que presenta a Dios como un comerciante más. De ahí que esta acusación sea la más grave de las tres que hace Jesús: explotación del pueblo por medio del culto (sacrificios de animales) y del impuesto (cambistas), pero, sobre todo, por el interesado engaño de los pobres con el fraude de lo sagrado.

La repetición del término «casa» en la frase de Jesús (*casa de mi Padre, casa de negocios*), que denota habitación estable, indica la sustitución permanente del culto a Dios por el comercio. El templo no es ya tal, sino un mercado; el dios primario del templo es el dinero. Al llamar a Dios *mi Padre*, Jesús lo saca del templo; la relación con él ya no es religiosa, sino familiar, en el ámbito doméstico. El término desacraliza a Dios. La relación con él ya no es de temor, fundamento de la religión, sino de amor, intimidad y confianza. En la casa de su Padre no puede haber comercio; siendo casa de familia, todo pertenece a todos.

Tal es la denuncia que hace Jesús de la situación: Dios está subordinado a la codicia y es utilizado para explotar a la gente.

Pero la frase de Jesús a los vendedores/dirigentes es exhortación al mismo tiempo que denuncia; Jesús no se presenta sencillamente para condenarlos (3,17; 12,47), sino para invitarlos a responder; la expresión *no convertáis* deja abierta la posibilidad de rectificar. Jesús no da sentencia contra nadie:

es el hombre mismo el que se da su propia sentencia, respondiendo o negándose a responder a la luz (1,9; 3,18s).

Resumiendo el contenido de la acción de Jesús, éste anuncia en primer lugar su intención de sacar al pueblo de la institución religiosa, que lo explota con el culto, los impuestos y el fraude de lo sagrado. Los explotadores son las autoridades del templo, el sacerdocio, y los dirigentes judíos en general, quienes, con su proceder, deforman la imagen de Dios, convirtiéndolo en un tirano. El templo y el culto retratan a un Dios ávido y exigente en lugar de un Padre dador de vida.

La postura radical de Jesús respecto al templo queda confirmada con la afirmación de que él mismo es el santuario de Dios. Se acabaron los templos. El lugar donde brilla la presencia/amor de Dios es el hombre mismo (el Hijo).

Los discípulos de Jesús interpretan mal su acción en el templo. A la luz de un texto del AT (Sal 69,10: «la pasión por tu casa me consumirá») piensan que Jesús pretende reformar las instituciones por la violencia. Proyectan sobre Jesús su propia idea del Mesías. Lo mismo sucede con las masas que se encuentran en Jerusalén en aquellas fechas. Ven en Jesús al reformador violento y le dan una ferviente adhesión (2,23-25). No se dan cuenta del propósito radical de Jesús: no pretende reformar, sino sustituir, liberando al hombre de todas las instituciones mediadoras y dándole el protagonismo que le corresponde según el plan de Dios.

Esta actitud radical prepara lo que significa el nuevo nacimiento. Jesús no viene a continuar la línea religiosa tradicional. La relación del hombre con Dios es inmediata, el Hombre mismo es el santuario de Dios, cuya presencia se manifiesta en la del Espíritu/amor; como Jesús, su seguidor se opone a la opresión y explotación del pueblo en cualquiera de sus formas, en particular a la ejercida en nombre de Dios; la nueva sociedad no se basará en el dinero ni se instaurará por la violencia.

II. EL NUEVO NACIMIENTO

El reino de Dios y la Ley

En el texto que acabamos de exponer comienza el cap. 3 de Juan. Expone en él otra reacción a la actuación de Jesús durante las fiestas de Pascua, que va a servir al evangelista para desarrollar la idea del nuevo nacimiento (Jn 3,1-12).

El personaje que presenta Juan (3,1) no es un hombre cualquiera. Por su afiliación religiosa, es un fariseo, es decir, un rígido observante de la Ley, considerada como la expresión suprema e indiscutible de la voluntad de Dios para el hombre. Es el primer rasgo que señala Juan, antes del nombre mismo. Nicodemo se define como hombre de la Ley antes que por su misma persona. El nombre del personaje es también indicativo: Nicodemo significa «el que vence al pueblo». Pero, además, Juan añade otra precisión sobre el personaje: en la sociedad judía es un «jefe», título que se aplicaba particularmente a los miembros del Gran Consejo o Sanedrín, órgano de gobierno de la nación (11,47). En éste, el grupo de los letrados fariseos era el más influyente y dominaba por el miedo a los demás miembros del Consejo (12,42).

Los fariseos tenían gran influjo sobre el pueblo por su fama de observancia y religiosidad. Esperaban y deseaban el reino de Dios, pero no por medios violentos, sino a través del cumplimiento exacto de la Ley, cuya observancia aceleraría la llegada del Mesías y, con él, la del reinado de Dios.

Nicodemo habla en plural (3,2: *sabemos*). Es, pues, una figura representativa. La escena va a describir, por tanto, un diálogo de Jesús con representantes del poder y de la Ley, entendida en su sentido religioso y humano como sabiduría, norma de vida y medio de perfección para el hombre. La actuación de Jesús durante las fiestas de Pascua había provocado un movimiento de adhesión incluso en las altas esferas.

Impresionado por la actuación de Jesús, Nicodemo quiere manifestarle que él y otros como él están de su parte. Se dirige a Jesús con el título honorífico «Rabbi» (3,2), usado común-

mente para los letrados o doctores de la Ley. En nombre de un grupo expone la convicción a que han llegado: *que has venido de parte de Dios como maestro*. En el uso judío, «maestro» era aquel que, a partir de la Ley, mostraba el camino de Dios. El fariseo, adicto ferviente de la Ley, ve en Jesús un maestro excepcional.

Sin embargo, hasta el momento, Jesús no ha dado pie para semejante interpretación de su persona. Aunque ha sido reconocido por maestro (1,38), no se ha pronunciado en ningún caso en favor de la Ley ni ha exhortado a su cumplimiento. Es más, en la escena de Caná el evangelista ha expuesto la sustitución propuesta por Jesús de la alianza basada en la Ley por otra basada en el Espíritu.

En realidad, Nicodemo proyecta sobre Jesús la idea farisea de Mesías. Jesús se ha manifestado como Mesías en el templo, y la escuela farisea veía en el Mesías un maestro y legislador semejante a Moisés, «el maestro de Israel». Nicodemo reconoce la superioridad de Jesús, pero lo coloca en una categoría a la que él y otros pertenecen: es el Mesías-maestro avalado por Dios para interpretar la Ley y a su servicio. Este Mesías llevaría a cabo la reforma e instauraría el reinado de Dios enseñando a los israelitas la perfecta observancia de la Ley de Moisés. No comprenden el cambio radical que propone Jesús; esperan la continuidad con el pasado.

Para los fariseos, la Ley es el camino hacia Dios, su observancia es vida y toda esperanza de mejora se cifra en el conocimiento y fidelidad a la Ley. Ella, como norma, es la educadora del hombre y la que le permite llegar a ser lo que Dios espera de él. El renacimiento de la nación y su prosperidad habían de venir de su aplicación escrupulosa, por reflejar ella la voluntad de Dios. Para ellos, en la Ley estaba el porvenir de Israel.

La respuesta de Jesús

La respuesta de Jesús es categórica y enuncia una condición que no admite excepciones: *Sí, te lo aseguro: Si uno no nace de nuevo, no puede vislumbrar el reino de Dios* (Jn 3,3).

La expresión que se traduce de nuevo significa en griego, al mismo tiempo, *de nuevo y de arriba*.

Para Nicodemo, la sociedad humana ideal, llamada en términos teológicos «el reino de Dios», había de lograrse por la estricta imposición y observancia de una Ley externa que regulase la conducta del hombre, tanto en su relación con Dios como con el prójimo.

Jesús no admite el presupuesto de Nicodemo. La Ley no puede llevar al hombre al nivel requerido por la alternativa que él propone («el reino de Dios»). La Ley no cambia al hombre interiormente; a lo más, mejora su conducta exterior, reprimiendo las tendencias de su egoísmo y señalando límites que permitan la convivencia. Nada cambia sustancialmente.

En cambio, la imagen de un nuevo nacimiento incluye la idea de ruptura con lo vivido hasta el momento e indica una nueva clase o calidad de vida para el futuro. El que nace de nuevo abre los ojos a un mundo nuevo y diferente, un mundo donde las relaciones son distintas de las que existirían en el antiguo.

El nacimiento es «nuevo» o «de lo alto»; es decir, la vida que se comunica procede «de arriba»; más adelante se explicará esta expresión. Lo cierto es que, para Jesús, es ésta la condición para darse una idea de lo que es la sociedad alterna, «el reino de Dios»; quien no haya dado un nuevo comienzo a su vida no puede figurarse siquiera lo que es; la Ley no da idea de él ni es medio para alcanzarlo.

El reino de Dios, por tanto, siendo una realidad social, está ligado, sin embargo, al cambio personal. Nacer de nuevo significa independizarse de un pasado, comenzar una experiencia y una vida. Cada uno es resultado de una historia personal y comunitaria, pero ésta no es la base última ni la preparación adecuada para construir la sociedad nueva. Ni

quiera un pasado de paciente asimilación de los principios y de la práctica de la Ley acerca a ella. La esperanza de formar al hombre para el reino de Dios apoyándose en la Ley es ilusoria; se requiere un comienzo nuevo y diferente.

Quien permanece en la mentalidad de la Ley tendrá necesariamente una idea deformada de lo que significa el reino de Dios y nunca percibirá en qué consiste su verdadera realidad.

La nueva sociedad presupone un hombre nuevo. De hecho, Jesús afirma que el plan de Dios consiste en llevar a su acabamiento el ser del hombre, infundiéndole una nueva calidad de vida (nacer de arriba).

Cerrazón de Nicodemo

Nicodemo interpreta la expresión de Jesús meramente en sentido temporal (*de nuevo*), no local (*de arriba*). Ante la postura radical de Jesús, Nicodemo objeta; sus preguntas son retóricas y descartan la aserción de Jesús subrayando su imposibilidad (Jn 3,4).

La primera pregunta plantea una dificultad, para él insuperable: *¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?* Califica de utopía la exigencia de Jesús; cada uno es hijo del propio pasado, de una tradición y de una experiencia; sobre ella puede construir y desarrollarse, pero es ilusorio querer empujar de nuevo. Al encerrarse en su pasado profesa un determinismo que niega la acción creadora de Dios; excluye así la posibilidad del cambio radical.

Jesús, por el contrario, afirma la libertad: es posible romper con ese pasado, porque la vida de Dios puede transformar al hombre.

En la segunda pregunta: *¿Es que puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y nacer?*, Nicodemo concibe el cambio propuesto por Jesús como resultado del propio esfuerzo: el hombre tendría que desandar su camino para nacer otra vez. Para Jesús, el nuevo nacimiento no es resultado de

un esfuerzo humano, sino la realidad que surge al encontrarse el amor de Dios con el amor del hombre.

Insistencia de Jesús

Ante el rechazo de Nicodemo, Jesús hace su segunda declaración, reforzando la primera y explicándola al mismo tiempo: *Pues sí, te lo aseguro, si uno no nace de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3,5). Repite su afirmación anterior sin concesión alguna, pero sustituye el adverbio *de nuevo/de arriba* por otra expresión que lo explica: *de agua y Espíritu*. En adelante, sin embargo, hablará solamente de «nacer del Espíritu», sin más mención del agua.

Esta reducción, unida al significado «de arriba», aclara el sentido de la expresión *de agua y Espíritu*. Para entenderlo hay que tener en cuenta otros pasajes del evangelio. En primer lugar, la presentación del Espíritu como «agua» fecundante, factor de vida, se verifica en el episodio de la samaritana (4,10), al que aludiremos después. En segundo lugar, la misma imagen se usa en 7,37-39, donde los ríos de agua viva/vivificante simbolizan el Espíritu. Sobre todo y en particular en 19,34, donde se describe el efecto de la lanzada que traspasó el costado de Jesús muerto en la cruz: *Uno de los soldados, con una lanza, le traspasó el costado, y salió inmediatamente sangre y agua*. El hecho descrito por Juan tiene un significado simbólico. «La sangre» derramada simboliza el amor por los hombres, que no ha cejado ni siquiera ante la muerte; el agua simboliza el Espíritu, el amor que Jesús comunica a los que le dan su adhesión. Amor manifestado (sangre) y amor comunicado (agua).

Este agua del Espíritu procede del Hombre levantado en alto (3,14s), baja de su costado; de ahí la expresión «nacer de arriba», equivalente a «nacer de agua y Espíritu» o de un agua que es el Espíritu. El agua baja del costado de Jesús y hace renacer al hombre.

Sólo los que han experimentado ese cambio radical en la

capacidad y disposición a amar, los que poseen ese nuevo principio de vida son aptos para entrar en el reino de Dios, para ser miembros de la sociedad alternativa. Para Nicodemo, había que volver atrás, hacia el pasado, para entrar en el seno materno y volver a nacer; entrar en un pasado y nacer en un presente sin horizonte ni porvenir. Para Jesús no hay que volver atrás; lo primero es nacer, para entrar después en el futuro, que es el Reino.

Nacer de nuevo es una metáfora del cambio radical que ha de verificarse en el hombre, la adquisición de una nueva identidad, de una nueva vida. Es la condición para formar parte de la nueva sociedad, para entrar en el espacio llamado «reino de Dios», en la humanidad nueva. El amor crea la nueva relación humana. Nace así la sociedad nueva, donde el orden y la organización no van de fuera adentro, sino de dentro afuera. Ese «dentro» es la fuerza de amor, el Espíritu, que brota de Jesús y hace presente la gloria/amor del Padre; es fuerza que brota del interior y se manifiesta en la actividad.

En síntesis: El hombre no puede obtener plenitud y vida por la observancia de una ley, sino por la capacidad de amar, que completa su ser. Sólo con hombres dispuestos a entregarse hasta el fin puede construirse la sociedad verdaderamente humana. Son hombres libres que rompen con el pasado para empezar de nuevo, no ya encerrados en una tradición, nacionalidad o cultura. Su vida será la práctica del amor, la entrega de sí mismos, con la universalidad con que Dios ama a la humanidad entera. La Ley externa no elimina las raíces de la injusticia. Por eso, una sociedad basada sobre la Ley, no sobre el amor, nunca deja de ser opresora e injusta.

Jesús cambia radicalmente el planteamiento de Nicodemo. La sociedad humana alternativa que él propone («el reino de Dios») no se formará por la imposición de una Ley externa, sino por la creación de un hombre nuevo.

«De la carne nace carne»

Jesús sigue explicando el sentido de su frase, ahora mediante una oposición: *De la carne nace carne, del Espíritu nace espíritu* (Jn 3,6). Hay dos principios de vida, la carne y el Espíritu: cada uno transmite la vida que posee. *La carne*, concepto estático, denota la condición humana débil, el hombre inacabado, no terminado de crear; en consecuencia, transitorio, mortal, sin éxito. *El Espíritu*, concepto dinámico, denota la fuerza vital de Dios y el hombre acabado, personalizando por su nueva capacidad de amar; el Espíritu transforma al hombre.

Sólo lo que está animado por esta fuerza de vida tiene futuro. La Ley, incapaz de cambiar al hombre, lleva al fracaso. Las metas, ideales, aspiraciones fariseas fundadas en su tradición y en su observancia, son *carne*, debilidad, frustración. Nunca se conseguirá realizar con ella la nueva sociedad humana.

El hombre sin plenitud, no terminado, es incapaz de realizar el proyecto de Dios sobre él. Jesús viene a terminar al hombre; pasado este umbral de la plenitud humana, podrá comenzar su actividad.

Nicodemo, como fariseo, piensa que la creación no continúa, que Dios ha terminado su tarea y el mundo está cerrado. Jesús no reconoce el descanso (5,17: *mi Padre sigue trabajando*); la creación no está terminada, el mundo está abierto. Nicodemo piensa conocerlo todo sobre la sociedad perfecta; todo está contenido en la antigua Ley y se trata solamente de aplicarla. Jesús abre un futuro imprevisible para la alternativa; no la define, porque depende de la nueva creatividad que adquiere el hombre. Sus estructuras no serán fijas; se irán desarrollando y cambiando con el hombre mismo.

Existe, por tanto, para el hombre un doble nacimiento: el físico o natural, que lo constituye en la condición humana llamada *carne*, caracterizada por su debilidad y transitoriedad. El hombre así nacido aún no está acabado; por eso, para realizarse como hombre y poder participar del reino de Dios,

necesita «nacer de nuevo/de arriba» o, en otros términos, «de agua y Espíritu», participando del amor/vida que procede del Padre y se manifiesta en Jesús. Este nacimiento, que completa el primero, hace que el hombre sea «espíritu», es decir, fuerza de vida y amor, semejante a Dios (4,24: *Dios es Espíritu*) en la capacidad de amar y libre como el Espíritu mismo (3,8). Pero así como el primer nacimiento no depende de la voluntad del individuo, el segundo sí. No se trata de un nacimiento automático, ni de un don de Dios arbitrario, ni de una limosna que Dios hace. El hombre mismo, libremente, debe contribuir a su creación; es la opción del hombre por el amor y la vida que lo pone en sintonía con Jesús y le permite participar de su Espíritu (1,16).

Existen, pues, para el hombre dos posibilidades: o bien nacer del Espíritu y ser espíritu (amor leal), ver acabada en sí mismo la obra creadora y comenzar su camino para realizar en sí el proyecto divino de plenitud de vida, o bien no responder a la invitación de Dios y quedarse en la esfera de la carne, es decir, de la debilidad y la impotencia.

La carne vincula con una madre (3,4: volver al seno de su madre y nacer), es decir, con una raza y un pueblo. *El Espíritu sopla donde quiere (3,8)*; el aliento de Dios (Gn 2,7) comunica vida sin estar limitado por raza o región; el Espíritu creador es libre, no está ligado a nada ni por nadie. Paralelamente, los que nacen del Espíritu no se sienten encerrados en los límites de un pueblo o tradición.

Si no se pueden establecer reglas para el Espíritu, tampoco el origen, historia o experiencia anterior pueden ser norma última para el hombre nuevo que nace de él: *El viento sopla donde quiere, y oyes su ruido, aunque no sabes de dónde viene ni adónde se marcha. Eso pasa con todo el que ha nacido del Espíritu*. No se definen ya por su origen, por su «carne» ni se identifican con ella; tampoco sus objetivos son los que podrían deducirse de su pertenencia a un pueblo o a una sociedad. No se les puede encasillar, y rompen los marcos de referencia. Saben de dónde vienen y adónde van, cuál es su itinerario: el camino hacia el Padre por la práctica del amor

leal hasta el extremo (13,1). Pero el que sigue en la esfera de la «carne» no puede comprenderlo ni acepta su testimonio; para él, la voz del Espíritu es un ruido.

III. PERSONALIZACION Y COMPROMISO DE VIDA

El manantial interior

La metáfora del nuevo nacimiento ha mostrado la ruptura del hombre con un pasado o, mejor, de modo positivo, la potenciación del hombre, la nueva posibilidad que se le abre. Ha hecho ver que la plena creación o personalización del hombre sólo se verifica cuando éste, gracias a su opción previa por la vida y el amor a todos, adquiere la nueva capacidad de amar que llamamos Espíritu. También, que solamente con hombres que se han colocado en este nivel puede construirse la sociedad humana alternativa según el proyecto de Dios. La nueva actitud de amor no está vinculada a un pueblo o círculo ni está limitada por ellos; es universal y derriba las fronteras entre los hombres. Da libertad al hombre, sacándolo del determinismo de la sociedad y de la cultura propias. Hombres así se salen de las categorías habituales y no son entendidos por los que viven en la esfera de «la carne».

Hay otros pasajes en el evangelio de Juan que completan esta visión del hombre nuevo, movido por el Espíritu/amor. Uno de ellos es el episodio de la samaritana (Jn 4,5-26).

En este episodio aparece una mujer, representante de la Samaria heterodoxa y despreciada por los judíos, que va a buscar agua en el pozo de Jacob. En la tradición judía, el pozo se había convertido en una figura de la Ley, que proporcionaba agua/vida. Jesús ofrece a aquella mujer un agua diferente, el agua viva/vivificante, símbolo del Espíritu. Se tiene de nuevo la oposición Ley-Espíritu, que viene subrayándose desde el principio del evangelio (cf. 1,17).

He aquí las palabras de Jesús a la mujer (Jn 4,13s): *Todo el que bebe agua de ésta volverá a tener sed; en cambio, el que haya bebido del agua que yo voy a darle, nunca más tendrá*

sed; no, el agua que yo voy a darle se le convertirá dentro en un manantial con agua que salta dando vida definitiva.

Jesús muestra en primer lugar la insuficiencia del agua/Ley: es un agua que nunca quita definitivamente la sed. Se trasluce en estas palabras el rechazo de Jesús a la sabiduría basada en la Ley, tal como se expresa en Eclo 24,21-23: «El que me come tendrá más hambre, el que me bebe tendrá más sed; el que me escucha no fracasará, el que me pone en práctica no pecará. Todo esto es el libro de la Alianza del Altísimo, la Ley que nos dio Moisés como herencia para la comunidad de Jacob».

Jesús ofrece a todos su agua, según el texto de Is 55,1: «¡Oíd, sedientos todos!, acudid por agua, también los que no tenéis dinero». Pero, a diferencia de la otra agua, bastará beber una vez para que la sed se calme para siempre, porque el Espíritu quedará interiorizado en el hombre, como explica a continuación. Este acto único del beber corresponde a la opción libre del hombre y al nuevo nacimiento, que da la nueva vida. El esfuerzo no se pondrá en adquirir una sabiduría interior ni una lenta perfección propia según la Ley, sino en la tarea del amor a los otros.

Ley y Espíritu

Podemos profundizar en esta diferencia entre la Ley y el Espíritu/amor. La Ley propone al hombre un modelo, un superyó, al que debe aspirar. Pero es un modelo extrínseco, no nace de la realidad de la persona, se le impone desde fuera. Por eso el modelo no se ajusta al individuo y éste nunca puede llegar hasta él; de ahí la sed continua, la frustración incesante que produce el esfuerzo por alcanzarlo. Por otra parte, siendo la Ley una norma social, el modelo que propone es genérico, sin tener en cuenta la peculiaridad del individuo, por lo que la identificación con ese modelo produce una creciente despersonalización. Frustración y despersonalización son la consecuencia de una espiritualidad basada en la Ley.

Todo lo contrario sucede con el Espíritu. La comunicación del Espíritu, que es fuerza de vida y amor, no propone al hombre un modelo; simplemente potencia su ser, capacítandolo para un amor y una entrega cada vez más plenos. El hombre se siente impulsado a la acción en favor de otros, para comunicarles vida. Así se va desarrollando en sus diferentes dimensiones y posibilidades. Cuál será su meta, ni él mismo lo sabe, pues no conoce siquiera las capacidades que posee. El ejercicio del amor lo irá desarrollando armónicamente, y se irá descubriendo él mismo. De hecho, no puede haber una meta genérica; cada individuo es una tierra diferente, y aunque regados todos con la misma agua, el Espíritu/amor, dará cada uno una flor y un fruto distintos. Se va produciendo la personalización plena.

Hay que notar que la concepción de Jesús libera también al hombre de cualquier otro superyó que él mismo se cree y que no suele ser más que la proyección de sus ambiciones o el reverso de sus frustraciones íntimas. La aspiración a esas metas, con tanta frecuencia irreales y deformadoras, amarga la existencia y hace vivir fuera de la realidad propia y ajena. Uno piensa conocerse tan a fondo que puede dibujar su propio modelo y prever la senda que a él conduce. A menudo, el mero pasar de los años demuestra al hombre que no se conocía y que su modelo era ficticio.

El agua/Espíritu elimina la sed, precisamente porque no propone una meta acuciante. El hombre de espíritu vive en su presente, procurando traducir en acción, en cada circunstancia, el impulso de amor que lleva dentro. Cada acto de entrega es completo en sí mismo. Al mismo tiempo, dilata el ser del hombre, permitiéndole entregarse cada vez más plenamente. Es un crecimiento gozoso, sin angustia, un acercamiento paulatino al Padre, por ir realizando en uno mismo la semejanza propia del hijo.

Por ser dinamismo de amor, el Espíritu excluye la búsqueda de una perfección individual aislada. No puede replegarse en sí mismo, porque su esencia es la entrega a los demás. Es en esa entrega donde se verifica el crecimiento, sin pensar

quiera en ello. Notemos que la palabra «perfección/perfecto» no aparece en Juan, Marcos ni Lucas; solamente dos veces en Mateo, para oponerse precisamente a la búsqueda farisea de perfección por la observancia de la Ley; en un caso (5,48), la pone en el amor universal, como el del Padre; en el segundo (19,21), indica la madurez humana que procura la opción radical contra la injusticia, que nace del amor a los hombres.

Sólo un agua perenne y siempre disponible puede quitar la sed. Esta es la que promete Jesús. El Espíritu/amor que él comunica se convierte en cada hombre en un manantial que brota continuamente y que, por tanto, continuamente le da vida y fecundidad. El hombre lleva dentro el nuevo principio de vida. Así, cada uno se desarrolla en su dimensión personal. El Espíritu es personalizante; la Ley, absolutizada como norma, despersonaliza.

El Espíritu es un manantial interno, no externo, como el de Jacob. El hombre recibe vida/amor en su raíz misma (*dentro*), en lo profundo de su ser, no por acomodarse a normas externas. Es un don permanente, que hace nacer a una vida nueva y la mantiene, que abre el horizonte de la sociedad nueva (el reino de Dios). Su fuerza (*salta*) es garantía de plenitud de vida, como lo afirma Jesús en otro lugar (10,10): *Yo he venido para que tengan vida y les rebose*. Es un manantial interno, pero para la relación. Si se aísla, muere.

Siendo en todos la misma agua, la que da Jesús, crea unidad con él y entre todos; saltando en cada uno como manantial propio, y fecundando la tierra de que está hecho, produce un fruto diversificado. Retorna la idea expuesta en el episodio de Nicodemo. No basta aprender una sabiduría, el hombre necesita una nueva clase de vida, de fuerza y fecundidad interior. Cuando la reciba estará completo, tendrá el nivel que le corresponde según el designio creador.

El compromiso de vida

En el episodio del templo había anunciado Jesús la sustitución del templo por el Hombre mismo. Es el Hombre el

lugar de la presencia y de la acción de Dios, pues por el Espíritu que en él habita brilla en él la gloria/amor y en su actividad se desarrolla la actividad creadora y vivificante. El hijo es la presencia del Padre y actúa como el Padre.

Si el hombre es portador del Espíritu/vida de Dios y su presencia en la tierra, hay que aclarar qué queda de la antigua idea de culto, propia de las religiones. En la escena del templo, al expulsar a las ovejas, símbolo de los fieles, Jesús muestra que la sociedad nueva no se construye sobre un fundamento religioso tradicional. Dios es ahora «el Padre». Con esta denominación, Jesús lo saca del templo y lo coloca en la intimidad del hombre; el Reino o nueva sociedad no estará constituido por súbditos de un Dios soberano, sino por hijos de un Padre; será una comunidad humana en la que dominen los lazos de amor, solidaridad y comunión de vida.

El problema del culto se trata también en el episodio de la samaritana, donde Jesús lo cambia completamente de registro. La mujer, que reconoce la idolatría de su pueblo, quiere que Jesús le indique cómo tiene que agradar al Dios verdadero, y, siguiendo la antigua concepción religiosa, cree que el problema se resuelve con la práctica del culto legítimo en el lugar apropiado. Así habla la mujer a Jesús: *Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres celebraron el culto en este monte; en cambio, vosotros decís que el lugar donde hay que celebrarlo está en Jerusalén*.

La respuesta de Jesús es desconcertante: *Créeme, mujer: se acerca la hora en que no daréis culto al Padre ni en este monte ni en Jerusalén* (4,21). Para la mujer eran los dos únicos lugares que podían pretender una legitimidad religiosa: el templo de Jerusalén y el templo samaritano del monte Garizim, destruido por los judíos el año 128 a.C. Jesús anuncia un cambio radical: ha terminado la época de los templos; el culto a Dios no tendrá lugar privilegiado.

Jesús vuelve a llamar Padre a Dios, subrayando el vínculo familiar y personal con él; esto cambia el carácter del culto, que pasa también a ser personal, en el marco de la relación hijo-Padre.

Jesús explica el carácter del nuevo culto: *Se acerca la hora, o, mejor dicho, ha llegado, en que los que dan culto verdadero adorarán al Padre con Espíritu y lealtad, pues el Padre busca hombres que lo adoren así.*

El verdadero culto a Dios suprimirá el culto samaritano y el judío, para sustituirlos por un culto nuevo, que no se dará ya a un Dios lejano, sino al Padre, unido al hombre por una relación personal, la anunciada en Caná, y que se realizará con Espíritu y lealtad.

La frase con *Espíritu y lealtad* está en paralelo con la del prólogo (1,14), *plenitud de amor y lealtad*. El Espíritu es el amor, de ahí que pueda ir acompañado del sustantivo «lealtad». El «espíritu» expresa el amor en términos de fuerza, vida y acción. El culto con Espíritu y lealtad es, por tanto, la práctica del amor fiel al hombre, que no necesita templos.

Para entender del todo lo que Jesús propone hay que profundizar en el concepto del «culto», descubriendo la raíz de la que nacieron los cultos religiosos. «Dar culto» a Dios significa darle honra, exaltarlo. Es evidente que la calidad del culto dependerá de la idea de Dios y de la relación del hombre con él que profesen los fieles de una religión determinada. Si se concibe a Dios como violento y sanguinario, el culto llegará a practicar el sacrificio humano. Si se le concibe como soberano, el culto reflejará el sometimiento de sus fieles. En cada caso se pretende honrar a un dios como se piensa que él desea ser honrado.

Al cambiar Jesús completamente la idea de Dios, cambia el carácter del culto. El Dios que es Padre, es decir, aquel que por amor al hombre le comunica su propia vida, haciéndolo semejante a él, considera honra suya que el hombre se parezca a él cada vez más. *Dios es Espíritu, y los que lo adoran han de dar culto con espíritu y lealtad* (4,24), es decir, Dios es dinamismo de amor, que se ha expresado en la creación del hombre y sigue actuando hasta llevarla a su término, comunicándole su propia vida.

Esto hace comprender los efectos del agua viva que Jesús da a beber y que apaga la sed del hombre. Este agua es la

experiencia constante, a través de Jesús, de la presencia y amor del Padre. La experiencia del amor produce, a su vez, en cada hombre, la capacidad de amar generosamente como se siente amado (4,14: *se le convertirá dentro en un manantial*). Siendo el amor la línea fundamental de desarrollo y personalización del hombre, su actividad irá realizando en él el proyecto creador.

El culto a Dios deja de ser vertical, pues él está presente en el hombre por el Espíritu: el Padre y Jesús son compañeros de vida del que practica el amor (14,23). La relación con Dios es la de una sintonía que impulsa a una semejanza cada vez mayor (14,6: *el camino hacia el Padre*) y lleva a amar al hombre hasta la entrega total. Ese es el único culto que el Padre busca y, por tanto, acepta: la prolongación del dinamismo de amor que es él mismo y que él comunica.

El culto antiguo exigía del hombre una renuncia a bienes exteriores (sacrificios, etc.). Era una humillación del hombre, una disminución ante un Dios soberano. El nuevo culto no humilla al hombre; al contrario, lo eleva, haciéndolo cada vez más semejante al Padre. El antiguo culto subrayaba la distancia entre Dios y el hombre; el nuevo tiende a suprimirla.

IV. LA ILUMINACION

«La iluminación» es uno de los nombres antiguos del bautismo cristiano. Notemos la coincidencia del término con el usado por las religiones o filosofías orientales. La diferencia, sin embargo, es patente; lo que para esas filosofías es meta, para el cristiano es principio.

¿En qué consiste esa iluminación? En el evangelio de Juan está escenificada en el episodio de la curación del ciego de nacimiento (9,1ss). Este personaje representa en el evangelio a la parte del pueblo que, debido a la opresión que ha sufrido, nunca ha podido descubrir ni conocer lo que significa ser persona; ha nacido y está en la condición de «carne», y es la debilidad propia de esa condición la que permite que haya

sido un oprimido ancestral, sin culpa propia ni de sus padres (9,3).

Este hombre no es cómplice, pero sí víctima del pecado del mundo; en este caso, el de los dirigentes que ejercen la opresión (9,41). La obra de Jesús con el ciego «abriéndole los ojos» (9,10.14.17, etc.) equivale al segundo nacimiento. Así lo indica el símbolo que usa Jesús, significando la creación del hombre: con la tierra (la carne) y su saliva (el Espíritu) hace barro (el hombre acabado: carne + espíritu).

Al ungir los ojos del ciego con «su barro» (9,6: Jesús modelo de Hombre, cf. 9,35), el ciego percibe la luz/verdad: percibe el amor de Dios manifestado por Jesús y conoce la plenitud humana a que ese amor lo llama y que Jesús puede realizar en él. Al aceptar la invitación de Jesús a lavarse (aceptación del agua/Espíritu) en la piscina del Enviado (Jesús, cuya agua es el Espíritu), obtiene la vista. Ha llegado a la nueva condición de hombre. Ahora es libre, ha perdido el miedo a los dirigentes y se enfrenta con ellos (9,13-33); una vez nacido de nuevo no puede ser sometido y es incompatible con el sistema opresor (9,34: expulsión).

La iluminación del ciego ha consistido en hacerle ver lo que es Dios y lo que es el hombre. Cuando acepta la invitación de Jesús, el saber se convierte en experiencia interior. Dios no es el Soberano dominador del hombre; es la vida y el amor sin límite que desea comunicarse a él. El hombre no es un siervo ni está destinado a someterse a un yugo opresor; el proyecto de Dios sobre él lo destina a la plena libertad y desarrollo por el amor. Libertad y amor, inseparables. Nadie puede dar lo que no es suyo. El hombre ha de ser plenamente dueño de su persona para poder entregarla.

La iluminación es, por tanto, una experiencia interior de Dios-amor. Esta cambia, en primer lugar, la relación hombre-Dios, que pasa de ser la de Señor-siervo, basada en el sometimiento del temor, a la de Padre-hijo, basada en la libertad del amor. Cambia también la relación del hombre consigo mismo; de considerarse el irremediablemente indigno, el hombre se ve ahora como objeto de un amor sin límite y llamado

a una realización que lo asemeja a Dios su Padre. Cambia la relación con los demás hombres, a los que ve como objeto del mismo amor y llamados a la misma realización. Su actitud será ahora la de manifestar su propio amor, para invitar a todos a la misma experiencia. Cambia, finalmente la relación con el mundo, que se le muestra como un regalo del amor del Padre y al que no pretenderá dominar, sino vivificar.

En el episodio del ciego, la nueva condición del hombre se manifiesta inmediatamente en la independencia (9,8: antes *era mendigo*) y libertad de movimientos (9,8: antes *estaba sentado, inmóvil*), así como por la identidad encontrada (9,9: *Soy yo*), semejante a la de Jesús (4,26). La transformación realizada se evidencia en las dudas de los vecinos sobre la identidad del hombre curado: el que ellos conocían, siendo el mismo, es diferente (9,9).

V. CONCLUSIÓN

Resumiendo las ideas que se han expuesto, puede decirse lo siguiente:

a) El proyecto de Jesús, la alternativa utópica de una sociedad nueva, tiene como presupuesto ineludible la existencia de un hombre nuevo, que será su artífice.

b) El hombre nuevo es el hombre personalizado. Para Jesús, la línea maestra de la personalización se encuentra en el amor, es decir, en la relación positiva entre los hombres creada por la solidaridad y la entrega.

c) Mientras el hombre no llegue a ese umbral de personalización, es «carne», debilidad, transitoriedad, y la sociedad que forme está abocada al fracaso. Fracasaré el proyecto de fundar una sociedad nueva basándose en la imposición y obervancia de una Ley que reprime los egoísmos del hombre, pero no lo cambia interiormente.

d) Obstáculo a la existencia del hombre nuevo es la idea de un Dios dominador, que mantiene al hombre en situación de siervo.

e) Nadie puede amar sin antes sentirse amado. El hombre descubre el amor al saberse y experimentar objeto de amor por otro. Pero la posibilidad de una entrega total se basa en la experiencia del amor incondicional de Dios, fuente de vida y amor.

f) Esta experiencia se adquiere por la adhesión a Jesús, a la que impulsa el amor a la humanidad y la oposición a la injusticia. La sintonía con Jesús produce la comunicación de su Espíritu, que personaliza al hombre y potencia su ser.

g) Esta experiencia cambia la visión de Dios, del hombre y del mundo. Dios no es ya Soberano, sino Padre, el que comunica al hombre su propia vida. El hombre no es ya un esclavo, sino un hijo, destinado a la máxima semejanza con su Padre. El mundo es un regalo del amor del Padre, que el hombre ha de cuidar, desarrollar y vitalizar.

h) La ausencia de un ideal externo impuesto al hombre como meta, suprime la angustia. La actividad del hombre se centra en el ejercicio del amor, que satisface su aspiración y ensancha su capacidad. No conoce él mismo su meta, porque irá descubriendo en sí nuevas capacidades y se abrirán nuevas líneas de desarrollo.

Este es el efecto del Espíritu de la verdad. La verdad es la vida-amor. Buscar la verdad es aspirar a la plenitud de vida; conocer la verdad significa experimentar vida, que ha de traducirse en amor. La experiencia de la vida, valor supremo, relativiza todo lo que antes parecía absoluto y da al hombre la libertad, que es su autonomía. «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (8,32).